



CAPÍTULO II

LA POLÍTICA EUROPEA DESDE 1715 Á 1740

§ I. — La política de invasión.

N.º 1. — *El Norte, Suecia y Rusia.*

I

Carlos Gustavo parecía haber heredado algo del genio guerrero de Gustavo Adolfo. La guerra era su elemento, la conquista su pasión; no le faltaba más que el poder y la ocasión para hacerse el Alejandro del Norte. Pero Gustavo Adolfo tenía una ambición elevada: estaba inspirado por una idea, combatía por la fe y por la libertad. Carlos Gustavo, al contrario, peleaba por engrandecer la Suecia: política egoísta, no se cuidaba de ningún derecho, á la manera de los piratas que en otros tiempos partían de las islas escandinavas para ganar botín ú otros reinos. Tan convencido estaba de la legitimidad de la fuerza, que hacía á Dios cómplice de sus usurpaciones; la ocasión, como hemos dicho, le parecía una inspiración divina. Si hubiera vivido más tiempo, Dios lo habría desengañado; una gran parte de la Europa estaba dispuesta á coaligarse contra él, cuando cayó con las armas en la mano. Y ¿qué ventajas proporcionaron sus hazañas á Suecia? Inició su decadencia debilitándola con sus guerras, y preparó su ruina futura

suscitando contra ella el odio y la rivalidad de sus vecinos. Hé aquí un juicio de Dios más positivo que el que el rey sueco creía descubrir en las ocasiones favorables que el acaso de las circunstancias ofrece á los príncipes para engrandecerse.

No ha dependido de Carlos Gustavo que el crimen que manchó la monarquía á fines del siglo XVIII no se haya cometido en el XVII. Pero á lo menos, el rey de Suecia tenía una justa causa de guerra, bajo el punto de vista de príncipe. El último de los Wasa reinaba en Polonia, y pretendió, cuando Cristiano abdicó, que él era el heredero legítimo del gran Gustavo al trono de Suecia. Cristiano contestó que Carlos Gustavo le probaría su legitimidad con treinta mil testigos. Apenas ascendido al trono, el nuevo rey concibió el proyecto de repartir la Polonia. La *ocasión* era buena. Ya entonces aquel desgraciado país estaba desgarrado por la monarquía: nadie quería obedecer y todos querían mandar. Tanto los nobles como el rey no pensaban más que en su interés particular, sin cuidarse de la patria. Carlos Gustavo propuso el reparto de la república al elector de Brandeburgo;

tenía la ambición de apoderarse de Curlandia, de Prusia y de las costas del mar Báltico, lo que le hubiese asegurado la preponderancia en el Norte. Ofreció al elector indemnizarle con los despojos de Polonia. En aquella época, los electores de Brandeburgo eran todavía vasallos de la república. Federico Guillermo deseaba ardientemente liberarse de ese vasallaje. No le faltaban tampoco deseos de redondearse, pero temía que, librándose de Escila, cayese en Caribdis. Suecia, bajo un rey guerrero y conquistador, le parecía mucho más temible que Polonia, ya debilitada por sus disensiones. El elector rehusó las ofertas que se le hacían, pretextando la fe de los tratados.

Aunque abandonado á sus propias fuerzas, Carlos Gustavo no vaciló en llevar la guerra á Polonia, y salió vencedor. Polonia, fácil de conquistar, era difícil de conservar. Los polacos se sublevaron contra el yugo sueco. Viendo que era imposible conservar su conquista, volvió á su proyecto de desmembramiento. Apeló á todas las codicias: el elector tendría una parte en los despojos, del czar otra; no se olvidaba ni al príncipe de Transilvania ni á los cosacos. Se celebró un tratado entre el rey de Suecia y el gran elector. Este dejó á un lado los escrúpulos, y aceptó los palatinados de Posen y de Kalisch (1). El pretexto era la pacificación de Polonia. Hé aquí el primer tratado de repartición de la república. Así, pues, desde mediados del siglo XVII, la anarquía de la Polonia despertó los culpables deseos de sus vecinos; desde entonces encubrieron sus designios ambiciosos con el pretexto del orden y de la paz. Si la república hubiera aprovechado la lección, si hubiese corregido sus funestas leyes, si hubiera restablecido la unidad y la armonía en su seno, jamás se habría realizado el reparto. Esto no justifica los latrocinios de los príncipes; pero es una justificación de la Providencia y una enseñanza para las naciones.

Los proyectos de reparto cambiaban todos los días, según que las probabilidades de la guerra eran favorables á los suecos ó les eran contrarias. Carlos Gustavo, no viendo en el gran elector un aliado muy adicto, los buscó en otra parte. Había un príncipe tan ávido de engrandecimiento y tan

(1) *Tratado de Marienburgo*, del 25 de Junio de 1656 (DUMONT, t. IV, 2, p. 136). En cuanto á los hechos, nos remitimos á las dos obras de PUFFENDORF, de *Rebus gestis Friderici Wilhelmi et de Rebus Suecicis*.

poco escrupuloso como él: Ragozy, príncipe de Transilvania, y Carlos Gustavo habían nacido para comprenderse. El rey de Suecia prometió al príncipe la mayor parte de la Polonia con el título de rey; el resto debía repartirse entre la Suecia, el Brandeburgo y los cosacos. Pero el espíritu conquistador de Carlos Gustavo concluyó por inquietar la Dinamarca, esa antigua rival de la grandeza sueca; por su parte, el emperador temía el engrandecimiento de Ragozy. El rey de Suecia, teniendo varios enemigos que combatir, forjó inmediatamente otros planes de reparto. Quiso arrebatar la Noruega á Dinamarca; y para arrastrar al elector á que fuese contra el Austria, le ofreció la Silesia. A fin de conciliarse el apoyo de Francia en una lucha que amenazaba abrasar á Europa, le ofreció la Prusia polonesa. ¿No se diría sino que el mundo es del primer ocupante y que basta extender la mano para tomarlo á su gusto?

A primera vista estos proyectos de reparto parecen quiméricos y más dignos de un aventurero que de un gran rey. En realidad, los proyectos de Carlos Gustavo eran más culpables que quiméricos. En su mayor parte se realizaron. Polonia fué repartida, la Noruega arrebatada á Dinamarca. Apresurémonos á añadir que el rey de Suecia no era el único culpable: la misma codicia existía en los otros príncipes; no había más que esta diferencia en favor del héroe sueco: que los demás príncipes no deseaban otra cosa sino repartirse los despojos de la Polonia; pero no se atrevían á ello, mientras que Carlos Gustavo se atrevía á todo lo que deseaba. El elector de Brandeburgo hubiera querido redondearse á expensas de Polonia. El czar codiciaba la república por su cuenta y para sí solo. Austria, que fué en auxilio de los poloneses, era una aliada pérfida; quería apoderarse de la Cracovia; y si le ayudaba la fortuna, no se contentaría su ambición con un lote tan pequeño. Algún día todas estas codicias encontrarán la *ocasión* favorable de satisfacerse; pero el rey que inició el primero este culpable proyecto, diciendo que la buena fortuna era una manifestación de la voluntad de Dios, no tuvo ninguna parte en el botín. Ningún príncipe había hecho alarde tan descaradamente del derecho de la fuerza como el rey de Suecia. Suecia sufrió la pena de esta culpable ambición: ella, que había propuesto repartir la Polonia, repartir la Dinamarca y hasta repartir el Austria, fué la primera que pasó por

la vergüenza de un desmembramiento. La justicia de Dios no siempre es pronta, pero no es menos cierta é infalible.

II

Suecia había elevado su poder por medio de la fuerza, y le perdió por la fuerza bajo un rey que merecía el nombre de héroe si no hubiese empañado sus cualidades militares con una obstinación que raya en locura. Si Suecia fué culpable, los que la despojaron lo fueron mucho más. El espectáculo de los excesos á que vamos á asistir sería desesperador, si no nos sostuviera la convicción de un gobierno providencial de las cosas humanas. La violencia brutal encuentra su castigo en si misma más tarde ó más temprano. ¿Qué importa que no siempre percibamos la mano de Dios? No por eso deja de gobernar el mundo; y los hombres cuya existencia es para nosotros un misterio son instrumentos de que se sirve para el cumplimiento de sus designios. No por esto abdicamos nuestra libertad ni nuestra responsabilidad. El fin del gobierno providencial es, por el contrario, desarrollar nuestra actividad, y la misión del hombre es poner su libertad en armonía con los designios de Dios. Cuanto más se eleva hacia Dios, más libre es: el ideal sería que el hombre hiciese libremente lo que Dios quiere.

Carlos XII tenía diez y siete años cuando subió al trono. "Queriendo tres príncipes poderosos prevalerse de su extremada juventud, conspiraron para su ruina: Federico, rey de Dinamarca; Augusto, elector de Sajonia, rey de Polonia; Pedro el Grande, czar de Rusia.", ¿Qué quería la coalición y cuál era su derecho? Además de Suecia y de Finlandia, Carlos XII reinaba en la Livonia, la Carelia, la Ingria, en Vismar, en Viburgo, las islas de Rugen, de Oesel, y la parte mejor de la Pomerania, el ducado de Brema y el de Verden. Los coaligados, á los cuales se unieron más tarde el rey de Prusia y el elector de Hannover, rey de Inglaterra, querían despojar á Carlos XII de todo lo que poseía fuera de Suecia. Es verdad que eran conquistadas; pero habían sido aseguradas á Suecia por los tratados más solemnes, los de Munster y de Oliva, y aquellos tratados, en que se fundaba el estado político de la Europa, estaban confirmados por una larga posesión. En vista de esos títu-

los, no hay que preguntar cuales eran los derechos de los coaligados, sino cuales eran los pretextos. El verdadero motivo de la coalición no era otro que la buena ocasión celebrada por Carlos Gustavo como una ley providencial. Además de esto, cada uno de los aliados tenía su ambición particular.

Pedro el Grande, dice *Voltaire*, necesitaba un puerto en el mar Báltico para la realización de todas sus ideas. Esta era á sus ojos la frontera natural de Rusia. Él mismo decía que tenía demasiada tierra, que lo que necesitaba era agua. Hay historiadores que se vanaglorian de ser espíritus políticos, que se elevan por encima de las preocupaciones vulgares del derecho y aplauden los designios del czar... ¿no tenía necesidad Rusia de San Petersburgo para ser una potencia marítima europea? Aun á riesgo de pasar por retrógrados, por reaccionarios, decimos que hay un interés mayor para un rey que el de tener un puerto de mar, la justicia. Que el czar careciese de agua, ¿era razón para procurársela usurpando los Estados de otro? ¿Por qué no dijo: "Rusia está todavía inculta, y sus habitantes tan incultos como su suelo. Cultivemos la tierra que Dios me ha dado, y eduquemos en la libertad al pueblo que se me ha sometido desarrollando su inteligencia y su moralidad?," En nuestra humilde opinión, esta política valía bastante más que la política de conquista.

El rey de Dinamarca concentraba su odio en Suecia: como decía Patkul, el alma de la coalición, los daneses no tenían más que un fin en su política y en su existencia, la ruina de Suecia (1). Es cierto que Suecia había arrebatado á los reyes de Dinamarca las provincias de tierra firme que los hacían dueños del Sund, y los había obligado á renunciar á la soberanía de la mitad del ducado de Schleswig. Bajo el punto de vista de los príncipes, eran injurias estas que no podían lavarse sino con sangre. Pero ¿era legítimo el odio de las dos ramas de una misma familia porque sus reyes fuesen rivales? Llegará día en que abjuren una rivalidad que las debilita, y encuentren, tanto su grandeza como su fuerza, en una unión fraternal.

No diremos nada de Augusto de Sajonia, el más despreciable de los reyes. Su política era la del placer y el libertinaje. Se le supone la ambición de la guerra, á fin de hacer hereditario su trono

(1) HERMANN, *Geschichte des russischen Staates*, t. IV, p. 98.

de Polonia. Pero ¿no es hacerle demasiado honor atribuirle una idea seria? Es cierto que acabó por disgustar á sus aliados. En vez de emplear los rublos rusos en sostener su ejército, los gastaba en queridas y en fiestas. No tenía de la monarquía más que los vicios; carecía de fe, de ley, de honor, de conciencia. Este es el retrato que hace de él un historiador alemán (1).

Necesitaban, sin embargo, los coaligados razones aparentes, aun cuando no fuera más que para escribir un manifiesto. La declaración de guerra de Pedro el Grande es curiosa: "No se habían tributado al czar los honores á que tenía derecho cuando pasó por Riga. Un embajador ruso que volvía de Viena había sido robado por una cuadrilla de ladrones livonianos. Algunos comerciantes rusos habían sido hechos prisioneros por deudas. El maestro de postas de Moscou tenía quejas del de Riga, y no se habían atendido sus reclamaciones.", Si el czar hubiera querido reirse de los manifiestos, ¿hubiera podido hacerlo mejor? Tenía agravios más serios; pero éstos son tan odiosos como los otros ridículos: "El rey de Suecia se había aliado con Polonia contra la Rusia.", Esto era imputar á Carlos XII una perfidia de que Pedro el Grande se hizo culpable. "El czar tenía derechos sobre las provincias del mar Báltico.", á título, sin duda, de dependencias naturales del imperio ruso. El czar olvidaba que desde la paz de 1617, por la cual Rusia había cedido aquellas provincias á Suecia, los czares, al subir al trono, habían confirmado solemnemente esta renuncia (2).

Augusto de Sajonia quiso rivalizar con su hermano de Rusia. Los Suecos, dice, se preparaban á atacarle; invadiendo la Livonia, no hacia más que una guerra defensiva. Un diplomático ha dicho que la palabra ha sido concedida al hombre para ocultar su pensamiento. El rey de Polonia era de esta opinión: llevaba el disimulo hasta la mentira. Tuvo hasta la poca vergüenza de echar en cara á los Suecos haber hecho preparativos de defensa. Los Suecos le contestaron que la doctrina del rey elector había sido indudablemente inventada por salteadores de caminos; que tendía, en efecto, á decir que el que cerraba su puerta á esos señores, en lugar de recibirlos con los brazos abiertos, era culpable, y que desde luego los ladrones

podían despojarle sin escrúpulo de conciencia (1).

El famoso barón de Gortz, á quien los historiadores tratan de aventurero, decía que la política de los príncipes no era más que mentira y perfidia, bajo apariencias de honor y de lealtad (2). Vamos á ver que el retrato está copiado del natural. La liga formada contra Carlos XII era una verdadera conspiración, y los conspiradores reales obraron como traidores. Al dirigirles esta dura censura hacemos su elogio. El rey Augusto consideraba la honradez como una estupidez digna de un patán, al paso que la mala fe le parecía el colmo de la sabiduría (3). Este es el maquiavelismo de más baja estofa. Pedro el Grande se había perfeccionado rápidamente en tan buena escuela, si es que alguna vez había necesitado de maestro, y el rey de Dinamarca no podía dejar de imitar á sus hermanos. Los enviados daneses negociaban un tratado de alianza con Carlos XII, primo de su rey, en el momento mismo que tramaban una conspiración contra el joven príncipe! El czar era aliado de Suecia; recibió la embajada sueca y los magníficos regalos que le llevaba; sus ministros protestaron que su señor sería siempre fiel observador de la fe prometida; que, colocado en el trono más elevado del mundo, no quería hacer nada indigno (4). ¿Quién no había de admirar estos bellos sentimientos! La antigua alianza con Suecia fué renovada el 11 de Noviembre de 1699, y el 3 de Enero de 1700 el czar firmó la liga contra Carlos XII. Sin embargo, era preciso engañar al joven rey. Pedro el Grande no podía aún declararse abiertamente, porque estaba comprometido en una guerra con los Turcos. ¿Qué hacer? Los aliados sobornaron á un mercader que gozaba de la confianza del residente sueco en Moscou, y por su intermedio dieron seguridades engañosas de paz y de amistad á Carlos XII. Después se burlaron del joven príncipe á quien tan bien habían engañado. ¿Astucia diplomática! dice el historiador de quien tomamos estos innobles detalles (5). ¿Astucia, sí, pero semejante á la de los estafadores y fulleros!

(1) LAMBERTY, *Memorias para servir á la historia del siglo XVIII*, t. I, p. 291.

(2) SCHLOSSER, *Geschichte des XVIII^{ten} Jahrhunderts*, t. I, página 177.

(3) Son las palabras de Carlos XII (SCHLOSSER, *Geschichte des XVIII^{ten} Jahrhunderts*, t. I, p. 124, 134).

(4) LAMBERTY, *Memorias*, t. I, p. 124.

(5) HERMANN, *Geschichte des russischen Staates*, t. IV, p. 102 y 110.

(1) STENZEL, *Geschichte des preussischen Staates*, t. II, p. 98.

(2) HERMANN, *Geschichte des russischen Staates*, t. IV, p. 111

Carlos XII estaba muy por encima de estos héroes de tribunal correccional. Tenía un profundo sentimiento de justicia. Cuando se vió traidoramente atacado por sus poderosos enemigos, dijo al senado de Stokolmo que jamás haría una guerra injusta, pero que no terminaría una guerra justa sino por la ruina de sus enemigos. Desgraciadamente hay una maldición unida al poder absoluto; extravió lo mismo á Carlos XII que á Pedro el Grande y á Augusto de Sajonia. Este malgastaba las fuerzas de su electorado en vergonzosos placeres; aquél quería hacer la felicidad de los Rusos á su manera, y, en realidad, se dejaba arrastrar por una ambición que no conocía freno alguno. El rey de Suecia inmoló sus súbditos en los campos de batalla de Polonia y de Rusia. Su afición guerrera llegó á ser una verdadera monomanía. Sean cuales fuesen sus altas cualidades, es preciso confesar que es un espectáculo humillante para la dignidad humana el ver entregada la suerte de millones de hombres á los caprichos de un monomaniaco (1). Mientras que su locura guerrera le llevaba á Turquía, las provincias de Suecia estaban á merced de los bandidos coaligados contra ella. Sin embargo, en medio de su ruina, le quedó al pueblo sueco el sentimiento de la patria, el afecto hacia un rey que participaba de la angustia y de la miseria de sus soldados. La suerte de Suecia, arruinada y en la agonía, es de envidiar cuando se la compara con la de Polonia.

III

Las armas de los coaligados contra Suecia no fueron afortunadas. Se vió que el joven príncipe, á quien se creía abrumado en una campaña, era un rayo de guerra. En vez de repartirse sus despojos, estuvieron á punto los aliados de perder sus propios Estados. El primero que pensó en reconciliarse con Carlos XII fué Augusto de Sajonia. ¡Pero á qué precio! Desde el año 1702, el rey que los Polacos habían elegido para defender su independencia y su libertad, el rey que había jurado mantener la integridad del territorio y las franquicias de la nación, concibió el proyecto criminal de repartir la Polonia con sus vecinos; este era á sus ojos

(1) ROTTECK, *Weltgeschichte*, t. VIII, p. 185.—CF. SCHLOSSER, *Geschichte des XVIII^{ten} Jahrhunderts*, t. I, p. 125.

el medio más natural de salir de un mal paso, de crearse una pequeña monarquía hereditaria y de dar satisfacción al terrible Carlos XII. Tuvo el cinismo de someter este proyecto á las potencias extranjeras (1). No fué una idea nacida en un momento de angustia, fué el sueño de toda su vida. Todavía la suscitó en el momento de su muerte; á fin de asegurar á su hijo el trono de Polonia, consentía en ceder una parte de la república á la Prusia, otra al Austria. Si hubiera encontrado medio de contentar á Rusia, su proyecto criminal hubiera tenido probabilidades de éxito (2). ¡Hé aquí el ideal del egoísmo de los príncipes! Para un rey no hay ni deber, ni juramento, ni conciencia; no hay más que un interés, el de su dinastía. ¡A fin de engrandecer su casa, vendió Augusto una parte del reino que debía á la elección! ¡Vendió lo que no le pertenecía! ¡Y los demás príncipes estaban prontos á aceptar la venta! ¡Por lo pronto, es cosa de preguntarse si se vive en una sociedad de bandidos!

Federico Guillermo no ponía otra objeción al reparto de Augusto sino que estaba mal concebido; daba poco al Austria y nada á Rusia. Por su parte, el rey de Prusia tenía su proyecto de desmembramiento. Para contentar á Carlos XII proponía ceder la Lituania á Estanislao, el candidato del rey de Suecia; Augusto hubiera conservado la Polonia, y el rey de Prusia naturalmente habría tenido su parte. El czar pensaba en un plan análogo, en el cual, como era justo, no echaba en olvido sus intereses (3). Estos proyectos fueron discutidos más de una vez; los copartícipes no veían en ellos más dificultad que la de satisfacer todas las codicias. Se temía la oposición de Europa. Para desarmarla, el rey de Prusia propuso asegurar al Austria la sucesión de España, y conceder privilegios comerciales á las potencias marítimas. Los historiadores no saben á quién dar el honor de este plan, si al czar Pedro ó al rey Federico (4). Nos parece que todos merecen el mismo elogio ó la misma infamia. También Polonia era culpable: había un partido ruso y un partido sueco que se hacían una guerra á muerte: los nobles vendían sus votos lo mismo á Estanislao que á Augusto. Puesto que

(1) HERMANN, *Geschichte des russischen Staates*, t. IV, p. 149, nota.—STENZEL, *Geschichte des preussischen Staates*, t. III, página 148.

(2) STENZEL, *Geschichte des preussischen Staates*, p. 647.

(3) STENZEL, III, 149.—HERMANN, IV, 176.

(4) STENZEL, III, 163.—HERMANN, IV, 257, 259.

la corona de Polonia era objeto de comercio, ¿por qué no se había de traficar con ella como con una vil mercancía?

El reparto de Polonia no se llevó á cabo, pero la idea era tan feliz, que debía concluir por madurar. Entre tanto se distribuían los despojos de Carlos XII, mientras que él hacía el papel de aventurero en Turquía. Rusia recibió la mayor parte; Augusto y el rey de Dinamarca tuvieron la suya. Para interesar á todos en mantener la expoliación, los aliados hicieron ofertas al elector de Hanover y al rey de Prusia. Este rehusó. Los historiadores prusianos llevan á mal esta negativa. Su rey peleaba en la guerra de sucesión en favor de la ambición austriaca y por los intereses comerciales de las potencias marítimas: ¿por qué no tomaba parte formalmente en las guerras del Norte, en las que era fácil pescar alguna buena tierra en río revuelto? Hé aquí cómo la política de los príncipes oscurece el sentido moral, aun en aquellos que deberían ser órganos de la justicia eterna. Por lo demás, no podemos alabar á Federico Guillermo por su honradez, que más bien era prudencia y debilidad. Vamos á ver que no le faltaba buena voluntad para imitar á sus hermanos de Rusia y de Polonia.

Federico Guillermo no se atrevía, á pesar de las instancias del czar, á tomar la Pomerania por su cuenta, por muchos deseos que tuviese de ello; pero consintió en ocuparla como secuestro, y diciendo que lo hacía por garantizar la neutralidad. Carlos XII desconfió de este singular medio de guardar sus fortalezas, y negó su consentimiento. Quejáronse de su obstinación, de su ceguedad. Obstinado, lo era, pero no tan ciego como se le quería suponer. Lo que lo prueba es que cuando ofreció reembolsar los 400.000 escudos que servían de pretexto á la ocupación de Stettin, Federico Guillermo halló excusas para no aceptar; el secuestro terminó por declarar la guerra al rey cuyas ciudades detentaba, y en definitiva se quedó con ellas. Cuando Suecia fué despojada de sus Estados alemanes, el rey de Prusia declaró á la dieta de Ratisbona que extrañaba que los Suecos armasen tanto ruido por la pérdida de aquellas posesiones, cuando en otros tiempos se quejaban de que eran para ellos más una carga que un beneficio (1). ¿Fué por esta moral por la que adquirió Federico

(1) En cuanto á los hechos, nos remitimos á STENZEL, *Geschichte des preussischen Staates*, t. III, p. 249 y siguientes.

Guillermo su reputación de honrado? ¿Qué se diría de un depositario que se apropiase la cosa depositada porque el depósito cuesta más que vale á su dueño?

El elector de Hanover no gastó tantos miramientos. Se ocupaba de redondear su electorado. ¿Qué cosa más justa? El rey de Dinamarca se había apoderado de los obispados de Brema y de Verden. Pero hé aquí que Carlos XII volvió inesperadamente. El héroe inspiraba siempre terror á sus enemigos. Temiendo le fuese arrancada su presa, el rey danés la vendió á un príncipe más poderoso que él, al elector de Hanover convertido en rey de Inglaterra. Los Ingleses abrazaron la causa de su príncipe, porque veían en ella un interés para su comercio (1). Jorge declaró, pues, la guerra al rey de Suecia, que se *obstinaba* en no querer dejarse despojar. Nada más curioso ni más odioso que el manifiesto del rey de Inglaterra. Acusa al rey de Suecia de haber llevado la guerra al Norte del Imperio, mientras que la Rusia, la Polonia y la Dinamarca eran las que habían formado una liga para el desmembramiento de Suecia; ¡y Jorge se hacía su cómplice! Más valía, se le respondió en nombre de Carlos XII, decir claramente: "Quiero ser dueño del ducado de Brema, Stade y el principado de Verden, porque estas posesiones me convienen; y porque las quiero, declaro la guerra al rey de Suecia, á quien pertenecen. Es la razón del lobo contra el cordero, la razón del más fuerte, que es siempre la mejor." Sólo que cuando se practica la moral de los lobos se debería tener bastante pador para no invocar el auxilio divino. "Esto era, decían los Suecos, burlarse tanto de Dios como de los hombres," (2). La fuerza triunfó: el elector de Hanover adquirió á Brema y á Verden. ¿Hace mal Saint-Simón en llamar á esta adquisición un *latrocinio*? (3). ¿Qué se diría de aquel que comprase joyas á un ladrón, sabiendo que las había robado? Este es el caso de Jorge I. Esa manera de enriquecerse está prevista en el código penal.

IV

Después de esto, no tienen razón los historiadores para acusar al barón de Gortz, el desgraciado

(1) MAHON, *History of England*, t. I, p. 163 (edic. Baudry).

(2) *Manifiesto del rey de Inglaterra, con las razones que le han inducido á declarar la guerra al rey de Suecia, con notas.* (LAMBERTY, *Memorias*, t. VIII, p. 29-309).

(3) SAINT-SIMÓN, *Memorias*, t. VIII, p. 402.